

843
9

RQ 2216
R8
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Derechos de propiedad reservados.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: Est. tipográfico de Ricardo Fé. — Calle del Olmo 4.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



•Después de haber visto claramente que el trabajo de los libros y la rebusca de la expresión nos llevan á la paradoja, he resuelto no ofrecer holocausto más que á la convicción y á la verdad, á fin de que este elemento de sinceridad completa domine en mis libros y les dé el carácter sagrado que debe dar la presencia divina de lo verdadero; ese carácter que hace que las lágrimas humedezcan nuestros ojos cuando un niño nos cuenta lo que ha visto.

ALFREDO DE VIGNY.
(Diario de un poeta).

I

Divorciado hacía quince días y entregado por completo á la alegría que le

causaba la terminación de la condena, Régis de Fagan, acechaba una mañana por las ventanas abiertas de par en par de su nueva habitación de hombre solo, la llegada de sus hijas, cuya visita le había concedido el tribunal en su sentencia, dos domingos al mes. Era el primero, y entre el montón de cartas de mujeres que en veinte años había ido á parar á su pupitre de autor dramático de moda, muy pocas habían hecho estremecer su corazón con tanta emoción como esta sencilla esquela que había recibido la víspera:

«Querido papá:

»Llegaremos á Passy mañana por la mañana en el tren de las diez. Mademoiselle nos dejará delante del núm. 37 del boulevard Beauséjour, y nos irá á buscar á las nueve en punto de la noche.

»Tu hija que te quiere,

ROSA DE FAGAN.»

Y debajo, con letras grandes é inseguras, la hermana pequeña había firmado: «Ninita».

Y en aquel momento, en la impaciencia del que espera, se preguntaba: ¿vendrán? ó en el último momento, su madre astuta y falsa, ó la impenetrable Mademoiselle inventarán algún pretexto que las detenga? No dudaba del cariño de sus hijas, pero comprendía que eran tan jóvenes,—Rosa apenas tenía dieciséis años y Nina no había cumplido aún doce—tan débiles las dos para resistir á una influencia hostil... y tanto más, que habiendo salido del convento donde se educaban después del divorcio, estaban entregadas sin defensa á la madre y á la institutriz. Ya se lo había dicho su abogado: «la partida no es igual, querido Régis; no tendrá usted más que dos días al mes para hacerse querer.» No importa; con dos días bien empleados, el

padre se juzgaba bastante hábil para poder conservar el corazón de sus queridas hijas; pero le eran imprescindibles los dos días estrictamente, sin trampas, sin malos pretextos; y cada vez más ansioso, á medida que avanzaba la hora, más conmovido con esta cita que en su vida lo había estado por cualquiera otra de amor ó de interés, Fagan se agitaba rabioso, inclinando el cuerpo fuera de la ventana para mirar hacia los dos extremos del boulevard lejano, verde y tranquilo, que limitaba por uno de ellos la vía del ferrocarril oculta por una valla y un enverjado, y por el otro una línea de elegantes hoteles, con sus escalinatas, sus macetas llenas de flores, sus cuidadas praderas.

— Buenos días, padre..., ¡somos nosotras!

— ¡Vosotras! ¿pero por dónde?... ¿pero cómo habéis entrado?

En su afán de mirar la hora, atender á la llegada de los trenes, buscarlas entre los que pasaban por el boulevard, no las había visto llegar, y de pronto aparecían en la puerta de la antesala; estaban allí, en su presencia, más crecidas, y habiéndose hecho más mujeres en los dos ó tres meses que habían pasado sin verlas. Sus manos temblaban al ayudarlas á quitarse las elegantes chaquetas y los sombreros redondos rodeados de plumas. Las pequeñas también estaban algo intimidadas por lo extraño de la nueva situación. Es verdad que su padre era siempre su padre, el alegre, el cariñoso papá que las hacía jugar tanto y saltar sobre sus rodillas cuando eran chicuelas; pero ya no era el marido de su madre, y de aquí una variación que sentían y que no hubieran podido explicar, pero que se traslucía en la extrañeza ingenua de sus ojos.

Este malestar se desvaneció poco á poco, mientras visitaban la casa aún desconocida para ellas, y cuyos cuartos, todos brillantemente iluminados por la clara luz de Mayo, daban unos al boulevard y otros al jardinillo del hotel, que parecía más grande, gracias á las arboledas de los jardines vecinos. Casi todos los muebles eran nuevos. Sin embargo, en el cuarto de estudio, las niñas encontraron las librerías y la enorme mesa para escribir, cuyas esquinas peligrosas para las cabecitas de los que juegan al escondite, había hecho redondear la previsión paternal. ¡Cuántos recuerdos tenían los más pequeños rincones de aquellos muebles macizos! ¡cuántos había en los contorneados bronces de sus cajones!

—¿Te acuerdas, Ninita, la vez que mamá...

Pero Ninita, la más pequeña, mucho

más lista y viva que la mayor, corta la frase con una mirada; porque antes de enviar sus hijas á casa de su padre, la antigua señora de Fagan, en la actualidad señora de Ravaut, apellido suyo, les ha recomendado mucho que no hablen de ella, que no den ninguna noticia de su existencia ó de sus proyectos para el porvenir, caso de una averiguación poco delicada; y sabiendo que Rosa es distraída ha hecho especialmente estas recomendaciones á Ninita, cuya carucha resulta muy divertida por la resolución que indican los pliegues de su boca de guardar reserva, de permanecer cerrada herméticamente y la mirada penetrante, curiosamente investigadora y recogedora de impresiones que brota de sus ojos de ratoncillo. ¡Cómo había podido la señora de Ravaut, en tan poco tiempo, olvidar el carácter entero y digno del que fué cerca de veinte años su

marido, hasta el punto de creer que iba á hacer á las hijas espiar á la madre! Es verdad que es difícil desligarse por completo de una existencia que ha sido largo tiempo gemela de la nuestra, cuyas alegrías y cuyas tristezas han repercutido en nosotros diariamente, pero Régis de Fagan emplea toda su voluntad en olvidar, hasta elude pronunciar el nombre de su antigua mujer, y como las niñas hacen lo posible por guardar la misma reserva, resulta cortado por espacios, por silencios, como se dice en el teatro, el animado paseo á través de la habitación.

En el cuarto de dormir, por ejemplo, Rosa y Ninita no han podido contener un grito de estupor al ver la pequeña cama de hierro, verdadera cama de estudiante, sin cortinas ni colgaduras, y las dos chicas se miran, animadas por el mismo pensamiento, el mismo recuerdo de las ma-

ñanas de Navidad y del primer día del año cuando venían, enmarañándose en sus largos camisones, apenas despiertas, á meterse en la cama de papá y de mamá para cambiar besos y regalos.

Otra porción de cosas, dicen también los ojos de Rosa y de Ninita al ver colgados á la cabecera de la cama de su padre los retratos desaparecidos del cuarto matrimonial de la calle Laffitte y que aquél se ha llevado al marcharse. En primer lugar, el retrato grande, al pastel, en que están las dos, cuando tenían seis y diez años, agarradas de la mano, casi escondidas dentro de sus capotas de muselina y las mangas altas, inglesas, de sus trajes á la Greenaway. En segundo, la mamá de papá, detrás del cristal de un cuadro ovalado, la abuelita que no han llegado á conocer, pero que su madre les ha dicho que era severa, pero muy several

Cuántas reflexiones cruzan por aquellas cabecitas; ¡qué desarrollo de todas sus ideas, y al mismo tiempo cuántos seres y cuántas cosas, unidas antes y ahora dispersas como si hubiesen sufrido un incendio ó un naufragio! y cuán complicado y asombroso es todo esto para ellas, dada la falta de juicio que caracteriza la extrema juventud! Afortunadamente, entraban ya en el comedor, cuyas ventanas abiertas dejaban paso á todo el sol, á todos



los perfumes del jardín. La mesa estaba servida con coquetería: había un ramo en

el sitio de cada una de las señoritas: delicada atención de Mme. Hulin.

—¿Mme. Hulin?—interrogó Ninita, cuyos ojitos redondos brillaban en seguida, llenos de curiosidad.

—El ama de esta casa... habita el cuarto bajo y alquila el principal para estar menos sola en la casa, porque es viuda y vive con un niño y una criada vieja.

—Un amorío para papá—dijo Rosa, sin darse cuenta, mientras se arreglaba los rizitos ante un espejo de mano.

Fagan la miró tristemente. Había dicho una tontería, como solía decir las su madre. Sin embargo, Rosa era la que menos se parecía á la señora Ravaut: alta, un poco inclinada hacia adelante, con su color moreno de criolla, y la seria y sentimental expresión de sus facciones, recordaba el tipo de su padre.

—No tengo el corazón dispuesto para amoríos, hija mía — le dijo con tono de dulce reconvención, — y creo firmemente que la pobre Mme. Hulin tampoco está más dispuesta que yo; pero es una mamá muy cariñosa, y al saber que mis hijas vendrían esta mañana ha cogido esas flores para obsequiarlas.

El criado que traía el primer plato, huevos revueltos con setas, la pasión de Ninita, fué recibido con una exclamación de alegría.

—Calla, es Antero.... Buenos días, Antero.

Estaba sirviendo en casa de Fagan, desde hacía algunos años, y muy colorado, cortado él también por lo imprevisto de la situación, balbució:

—Muy buenos días, señoritas.

Nacido en el país de Beauce, estaba por civilizar. Con sus pelos lacios y su

frente de un dedo de ancha, parecía que le habían hecho la ablación de la parte superior de la cabeza con todo lo que debía haber dentro. Su incomparable estupidez desesperaba á la señora, y Régis, cuando llegó el divorcio, lo llevó á su lado, quizás también, porque habiendo conservado Antero relaciones con la cocinera de la calle Laffitte, podría tener noticias de allí todos los días. Aquella cara conocida que volvían á ver, tan rústica como antes, hacía que el almuerzo pareciera á las niñas más cordial, más familiar. Y qué encanto, qué maravilla era aquel almuerzo cuyos platos habían sido elegidos y discutidos, uno por uno, por Fagan y su criado, para saber si á la señorita Rosa le gustaba azúcar en los guisantes, si á Nina la crema de chocolate ó de vainilla!

Trastornadas por las golosinas de aquel almuerzo, por sus *toilettes* nuevas de pri-

mavera, se excitaban, olvidando en su deliciosa charla las recomendaciones de su madre, sobre todo Rosa, á quien Ninita hacía gestos disimulados y frecuentes. Fagan supo así, sin querer, que el viernes último, «el primo» las había llevado á la Opera cómica. Y el «primo» era uno de los nombres prohibidos; pero Rosa no podía contenerse. Entonces, para evitar aquellas indiscreciones involuntarias que les acarrearían un regaño al volver por la noche á su casa, su padre ponía cuidado en no hablarles más que de cosas indiferentes, de su convento, que casi se veía desde allí, de aquellos hermosos jardines de la Asunción, donde habían vivido tantos años felices.

¿Acaso no lo echaban de menos? ¿No volverían á él con gusto?

— ¡Oh, no! — respondían las dos á una.

— ¿Por qué?... Pues antes bien deseabais volver...

Ninguna de las dos se atrevía á contestar ni á decirle lo que adivinaba de sobra. Era que después del divorcio de sus padres la casa había variado para ellas. Viviendo en medio de continuas disputas, en las que nadie se contenía, y en las que algunas veces tenían que ponerse de parte de uno ó de otro; «Ya oís, hijas mías, como me habla vuestro padre!— ¡Señora, se excede usted delante de sus hijas!» había habido que llevarlas al convento para evitarlas aquellas tristes escenas. Pero, en cuanto se fué el padre, una vez sentenciado el divorcio, la madre se había apresurado á traerlas á su lado, presa, de repente, de un afecto poco compatible con su naturaleza dura y caprichosa. Parecía querer conquistar á sus hijas: hasta Mademoiselle dulcificaba también las acritu-

des y severidades de su papel de *dueña* y de institutriz.

Esta transformación se hacía visible y agradable hasta en la *toilette* de las niñas. Hasta entonces, la madre no se había ocupado más que de la suya, sacrificándole el tiempo y el dinero necesarios: pero solamente con ver entrar en su casa aquellos dos encantadores figurines en vez de las novicias que con severos trajes de uniforme le devolvía el Colegio de la Asunción los sábados por la noche, Fagan había comprendido que aquella madre, tan poco madre antes, iba á convertirse en *madraza* y á mirar y á halagar á sus hijas, no impulsada por un exceso de ternura, sino por una miserable envidia, por un prurito de molestar, de mortificar á su antiguo marido. Vislumbraba una serie de disgustos, una guerra de alfilerazos; pero ¿para qué preocuparse por el momento?

¿No estaban con él sus hijas, á su lado y por todo el día? Después de almorzar iba á llevarlas á la función de tarde del teatro Francés, donde representaban una de sus comedias que no habían visto aún. Y considerad la alegría, el orgullo que debe causar oír desde un hermoso palco proscenio á los mejores actores de París, representar ante un público numeroso una obra de que es autor vuestro padre!

Seguramente no podría la señora Ravaut ni aun contando con la colaboración de Mademoiselle ofrecerles semejante distracción. Después del teatro, paseo en coche por el bosque y comida en un restaurant elegante. Otra distracción que su madre no hubiera podido darles tampoco, á menos de hacerse acompañar por el *primo*. ¡Oh! la alegría de pedir una misma al mozo, manjares extraordinarios y oír en las mesas próximas cuchichear con la

curiosidad que inspira en París el hombre de moda, «Régis de Fagan y sus dos hijas». Luego á la caída de la tarde, cogidas del brazo de su padre por los paseos del bosque, perfumados y desiertos, en las frescuras de los lagos blanquecinos, volver á Passy, y llegar á Beauséjour donde las estaría esperando el coche de Mademoiselle. ¡Esto sí que se podía llamar un día hermoso!

Este programa lleno de alegrías y la animación del almuerzo, coloreaban con una tinta caliente las mejillas de aquellas parisienses paliduchas. Por la ventana entreabierta entraba el perfume de los lirios y de las rosas. Un mirlo se desgañitaba en la cima de un olmo y al asomarse Ninita á la ventana para tratar de verlo, entre las ramas cercanas sonó una argentina voz de niño que desde la pradera decía:

—Baja á jugar conmigo, ¿quieres, dí? Era el pequeño Mauricio Hulín bonito chiquillo de nueve á diez años, pálido como una camelia, con largos bucles de pelo rojizo y que herido en una rodilla, saltaba ayudándose con una corta muleta. Mme. Hulín que estaba leyendo sentada al lado de su hijo, levantó la cabeza y dijo: «Usted dispense» y «gracias», con la sonrisa de una boca fresca aún, y que indicaba bondad.



—Acuérdate de que vamos al teatro, Ninita....—dijo la hermana mayor como enfadada de ver la facilidad con que Nina entablaba una nueva amistad. La pequeña que ya se había marchado no la oyó.

—¿Quieres que bajemos nosotros?—

preguntó el padre... Ya verás; es una mujer muy agradable.

Pero Rosa se negó en absoluto. No conocía á aquellas gentes... Y en el tono de la muchacha puesta de codos á la ventana al lado de su padre, se traslucía una naciente antipatía hacia Mme. Hulín.



II

Entre el escritor y su vecina se había establecido una intimidad nacida de la semejanza de su situación, una simpatía que aún no podía analizarse. Habían pasado la velada, una vez acostado el niño, solos, en el saloncito del piso bajo, oyéndose á lo lejos el rumor de París, y turbando únicamente el silencio del boulevard solitario algunos ladridos de los perros, y el